

Tomás Guendelman

Lenguaje inapropiado en las comunicaciones

Al retornar la circulación de la Revista Ingenieros, pensé titular esta columna con la célebre frase de Fray Luis de León “Como decíamos ayer”, pronunciada en su cátedra en la Universidad de Salamanca, en la primera clase, luego de cinco años encarcelado en Valladolid. Las circunstancias que llevaron a Fray Luis de León a prisión derivaron del delito de traducir la Biblia al hebreo, y en particular, por su famosa versión del Cantar de los Cantares. Ahora, en cambio, junto con la semejanza del silencio prolongado, observamos una gran diferencia entre el propósito de divulgación cultural de la obra de Fray Luis de León, cinco siglos atrás, con la entronización de la vulgaridad y la falta de prolijidad en el uso del lenguaje de estos tiempos. Con esta realidad, abandoné la idea del título original y me quedé solo con el que encabeza esta columna.

“No es aceptable que en Chile, top one en sismicidad en el mundo, se escuchen frases como esta: el terremoto en Iquique tuvo Magnitud 8.2 y en La Serena, 6.0”.

Me remonto a noviembre de 1984, ocasión en que la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile patrocinó las denominadas Jornadas de Ciencia Contemporánea, que contó con la destacada participación del profesor Igor Saavedra, a través de su ensayo Educación Secundaria para el año 2000: ¿Qué y cómo enseñar? en el que presenta su visión de las necesidades educacionales de nuestro país, tanto en el ámbito primario como secundario, señalando que estas deben concentrarse en lo que se ha llamado los cuatro idiomas esenciales, que son: la lengua materna, la lengua universal (la matemática), la lengua moderna (la ciencia y la tecnología) y la lengua extranjera. Señala que es indispensable dominar el idioma del país en que vivimos, pero que se descubre que muchos individuos que llegan a la universidad, simplemente no saben hablar, y que usan una palabreja comodín con la que se las arreglan para transmitir todo.



Tomás Guendelman.

Esa palabreja es tan generosa que desde hace algún tiempo ha sido incorporada en el diccionario de la RAE, en su versión como sustantivo masculino, desconociendo su uso multifuncional, como sustantivo femenino, como adjetivo, e incluso como verbo. Dos interlocutores construyen frases de muchas palabras, todas ellas provenientes de la original, comprensibles solo por ellos.

Por otro lado, aunque sin la misma ordinariez, en los medios de comunicación social, los periodistas encargados de informar de manera objetiva, adecuada y verosímil, arruinan su esfuerzo al emplear repetidamente términos tales como: ¿No es cierto?,

¿Verdad?, obviamente, digamos, etc. Es curioso, por decir las cosas de manera superficial, que entre unas noticias y las siguientes, no se corrijan estas muletillas, lo que me hace pensar que da lo mismo; lo importante es utilizar el tiempo respetando tan solo el valor económico de cada minuto de la televisión, y tratar de obtener un elevado rating, parámetro detestable que mide el éxito del programa.

Del mismo modo, no se ve una mano correctora que respete al entrevistado, frecuentemente interrumpido por el entrevistador, quien a su vez, puede “cantinflear” todo lo que quiera con su pregunta, pero que apremia al entrevistado sin dejarlo, muchas veces, que complete su respuesta. En lo personal, recuerdo una ocasión en que fui entrevistado para un programa que iba al aire pasada la medianoche y que para facilitarme la vida, se grabó en la tarde del mismo día. A la tercera vez que la periodista me interrumpió, le dije:

-Mijita, ¿Usted solo quiere preguntar, o también le interesan mis respuestas?

No hubo nuevas interrupciones, pero la entrevista fue editada y quedó sin mi salida de madre.

En relación a la temática de los programas de entretenimiento, surge nuevamente la grosería y la vulgaridad, con palabrotas de grueso calibre -impublishables hasta hace muy poco tiempo en los medios de prensa-, empleadas sin límite ni fiscalización alguna. Un caso muy notorio en tal sentido lo constituyen los llamados realities, de amplia sintonía y gran convocatoria. Lo único rescatable de toda esta parafernalia es que los televidentes pueden incorporar a su equipaje lingüístico unas pocas palabras de la lengua extranjera, como las destacadas en los párrafos anteriores, que ligeramente pueden hacer caso a lo que predica desde hace treinta años el profesor Saavedra.

Eventos naturales y desastres

Otro tema de gran importancia en esta crítica al lenguaje de las comunicaciones, es la falta de conocimientos de fenómenos que nos afectan como país y que debieran formar parte de la cultura que se debe impartir en colegios y universidades.

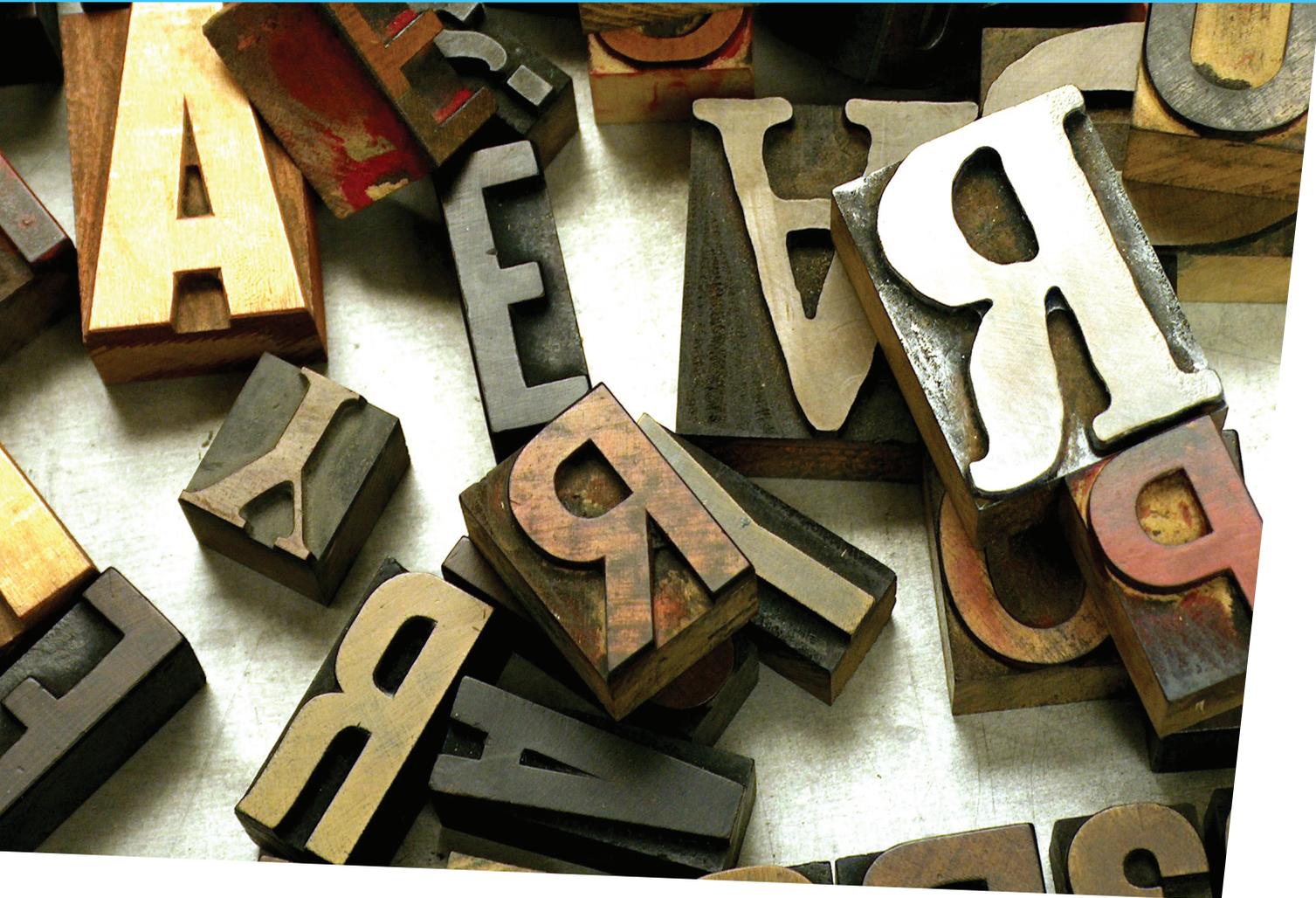
¿Sabe nuestra sociedad cuál es la diferencia entre desastre y evento? ¿Entre Magnitud e Intensidad de un terremoto? ¿Entre predicción y pronóstico?

“Me parece que es indispensable cultivar a nuestra sociedad, de modo que les fluya en forma natural el significado de los términos que se emplean en las comunicaciones y cuáles debieran ser las conductas que se adopten, individual y colectivamente”.

Pienso que es importante diferenciar unos de otros, dado que son vocablos que se utilizan como sinónimos en forma reiterada, sin serlos.

El término comúnmente denominado desastre natural, hace referencia a las enormes pérdidas materiales y vidas humanas ocasionadas por terremotos, tsunamis, incendios y tantos otros fenómenos. Es erróneo llamar naturales a los desastres, pero es válido decir que se originan por causas naturales que, debidamente, se pueden denominar eventos naturales. Tales manifestaciones son consecuentes con la dinámica del planeta en su proceso vital. Para mí, por ejemplo, un terremoto es un parto de la tierra, que da a luz volcanes, islas, lagunas y otras expresiones materiales, que se identifican por su belleza y espectacularidad, cuando se les observa como corresponde. Sin embargo, cuando estos eventos naturales son interferidos por el hombre, se convierten en desastres, que provocan víctimas y pérdidas patrimoniales enormes.

En el caso de los terremotos, existen numerosos elementos descriptores de su severidad, siendo los más conocidos, la Magnitud y la Intensidad. La Magnitud de un sismo, medido en la escala abierta de Richter, representa la energía liberada durante su ocurrencia, por lo tanto es un valor único, válido para toda la región afecta a este evento. La Intensidad, por su parte, corresponde a los efectos producidos por el evento sísmico, lo que naturalmente es diferente en distintos emplazamientos. Se suele medir con la escala de Mercalli, de doce valores que se expresan con números romanos. La medición es subjetiva, pues depende de la apreciación del observador. No es aceptable que en Chile, top one en sismicidad en el



Exijamos a nuestros comunicadores -y a nosotros mismos- emplear el lenguaje preciso, no necesariamente sofisticado, pero el menos asertivo.

mundo, se escuchen frases como ésta: el terremoto en Iquique tuvo Magnitud 8.2 y en La Serena, 6.0.

Otra imprecisión del lenguaje se refiere a la falta de discriminación entre predicción y pronóstico, que como ya señalé anteriormente, son términos que se utilizan como si fueran alternativos. La predicción, por definición, se puede asociar a una tincada, y no tiene más fundamento que ello. El pronóstico, en cambio, se apoya en datos estadísticos confiables, como por ejemplo, el pronóstico del tiempo o el de la estimación de la duración de un viaje.

Me parece que es indispensable cultivar a nuestra sociedad, de modo que les fluya en forma natural el significado de los términos que se emplean en las

comunicaciones y cuáles debieran ser las conductas que se adopten, individual y colectivamente. ¿Se imagina el lector (de esta columna) lo que ocurriría en lugares que suelen verse azotados por huracanes, tornados, tifones, inundaciones, avalanchas, entre otros muchos eventos naturales, si quienes viven en ellos no tienen un mínimo de información del fenómeno que los afecta? No es aceptable que no sepan cómo protegerse o desplazarse a un lugar seguro.

Exijamos a nuestros comunicadores -y a nosotros mismos- emplear un lenguaje preciso, no necesariamente sofisticado, pero al menos asertivo y, a la vez, prender una luz de alerta cuando algún agorero o iluminado trate de pronosticar la ocurrencia de un terremoto, precisando fecha, hora, lugar y Magnitud del evento.